

Ecós de venganza 1: Manos manchadas

Kevin corría con las manos ensangrentadas y consciente de que el valor de su vida acababa de descender drásticamente en el implacable mercado de las rencillas.

Iba a matar a su contacto. Les había jurado y perjurado que ese viejo tenía escondida en su chalé toda la pasta en efectivo que había ganado durante sus años de camello. También se le había escapado el pequeño detalle de que se encontraba en la casa esa noche y el aún más minúsculo detalle de que tenía una recortada en su habitación. Habían hecho lo que tenían que hacer, él y el Butano. Principalmente, él. Su conciencia, más o menos, estaba tranquila.

Pero, mientras ambos corrían sin aliento por las calles de su barrio, ese era el menor de sus problemas.

El mayor de sus problemas era que se habían asustado, que creían que se iban a hacer de oro con una sola noche de temblores y miedo. Y ahora, con una sangre alcoholizada en las venas y un sudor gélido en la frente, recorrían las calles desiertas del barrio. Menos mal que no hemos ido en verano, pensó Kevin. Menos mal que no es un día de fiesta. Menos mal...

...pero ningún "menos mal" podía distraerle del hecho de que acababa de matar a un hombre. Quizás su conciencia no estuviera tan tranquila, después de todo.

El Butano le apremiaba desde delante, con su rapado al cero convirtiéndose en una baliza para llegar a un lugar seguro. No llevemos el coche, le había dicho, que es muy cantoso... y ahora le fallaban las piernas y el aliento, y no podía concentrarse en la carrera. Solo pensaba, no en la expresión de ese pobre barrigón de setenta años, sino en el modo en que había seguido dando patadas y manotazos aún después de haber perdido una gran cantidad de sangre. El modo en que había intentado aferrarse a su patética y enfermiza existencia.

-Venga, hostia...-susurró. Pronto llegaría a casa, pronto acabaría todo. Ya podía ver los contornos del edificio, y ni un alma les había visto.

O eso pensaba.

Porque, por el rabillo del ojo, la pudo ver. Y, aunque fuera de un modo tan fugaz, su imagen permaneció con él, incluso hasta que llegó a su casa con el corazón en la boca. Cuando su madre salió al recibidor entre susurros de preocupación, con un trapo mojado, y le dio un sopapo en la cara, todavía seguía pensando en ella.

En esa gabardina de color verde amarillento, en la figura alta y voluptuosa que ocultaba. En su sombrero de ala ancha, tan discordante como atractivo. En la bufanda roja que ocultaba un rostro de palidez ósea. Y en esos ojos penetrantes de color marrón oscuro, tan fulgurantes como la sangre que poco a poco iba diluyéndose en el agua del grifo.

...

En la terraza de su casa, el calor del verano le permitía distraerse aunque fuera por unos minutos de todo lo que tenía que hacer. El envío del sábado, hacerle de guardaespaldas al Simio el domingo, la operación del lunes... pero ese viernes por la tarde lo tenía para él. Pese a los gritos incansables de la *mama* cuando le pillaba fumando, no podía imaginarse en un paraíso más placentero que ese porrillo de hachís en la mano, el sol bañando sus costillas y la música de reguetón a todo trapo. Hacía tres meses, cuando El Simio le había propuesto finalmente trabajar para él, se había imaginado rodeado de pibones y de coches caros. Pero, aunque no le había ido mal con las pibas y estaba a punto de dar el primer paso para comprarse el Audi, estar tranquilo y protegido en esa casa no tenía parangón.

Incluso si los mensajes del Butano, que habría engordado unos siete kilos en esos tres meses, hacían que la música se interrumpiera cada diez segundos.

-Me cago en Di... ez.

Había reprimido esa maldición al ver a su madre pasar por allí, al contemplar ese característico chándal azul que la buena señora llevaba para hacer las tareas de casa. Mientras barría, le contemplaba con un amor que no por amor resultaba agradable.

-Anda, que menudo esfuerzo estás haciendo.

-Pero, *mama*-comentó él, levantándose y dándole un beso en la mejilla-. Si no tengo nada que hacer, déjame que descanse.

-Bueno...

Continuó tumbado al sol, como si nada. Como si, hace seis meses, no hubiera...

<<Basta ya. Dijimos que no íbamos a pensar en eso>>.

Pero su santa madre, en su inconsciencia, volvía a revolver donde no había que revolver nada.

-He estado hablando con Jenny, la nieta del Sucio.

Kevin tembló, y el sol que regaba su piel pareció desvanecerse con un nubarrón. Nunca habían hablado de ello, es cierto, y habían hecho como si nunca hubiera llegado a casa con las manos llenas de sangre. Pero, si su madre no era tonta, sabía perfectamente lo que había hecho ese día. Y de tonta no tenía un pelo.

-¿Qué te ha dicho la loca esa?

-Hijo, un respeto, por Dios bendito.

-Ya...

-Te lo digo en serio, que esa mujer ha sufrido mucho. Y la madre ni te cuento. Y están con el agua al cuello, por lo visto.

Kevin se encogió de hombros, visiblemente incómodo. Se incorporó,

-Mira, de la madre ni me hables. Esa se paseaba por el barrio como si fuera una marquesa y nos miraba por encima del hombro. Y, cuando la poli encontró la pasta en su casa, a mendigar como una puta por todas las casas.

-¡Kevin, por tu madre, un poco de respeto!-chilló ella, y amenazó con cruzarle la cara. El joven, que había intimidado a hombres mucho más altos que él con una mirada rabiosa, tuvo que agachar la cabeza.

-Lo siento.

Se acordó de esas ocasiones de su tormentosa infancia en la que, cuando se portaba mal, ella le propinaba un sopapo y le decía que la Doncella Vengativa se lo llevaría. Se acordó de cómo, entonces, también se la había tenido que envainar.

Salió de la casa hecho una furia, torrándose con el sol de junio, refugiándose en la soledad de esa asfixiante hora de la siesta. Las calles estaban desiertas. Los paralelos con diciembre, en el extremo contrario, eran irónicamente escalofriantes.

Se pasó la mano por la frente, secándose el sudor. Estaba nervioso, estaba muerto de miedo. No le solía suceder mucho. Una vez cada mes, quizás. Pero, durante ese instante, sabía que ni siquiera un crío pequeño se habría visto intimidado por él. Se preguntó qué pasaría si le vieran así, qué sucedería si todo el mundo supiera cómo era en esos momentos de angustiante intimidad. La droga, que tanto le había ayudado a desatar sus instintos más animales, le castigaba ahora con una melancolía y un miedo puramente humanos, demasiado humanos. Caminó por las calles del barrio como un muerto viviente, ansiando un contacto con una voz o una mano amiga, con alguien que no hablara con él para mandarle un trabajo o aprovecharse de su dinero. Deseaba...

-¿Estás bien?

La voz era dulce, pero esa no era la dulzura obscena de una chuchería ultraprocesada, sino el tacto suave de un melocotón. Tenía un equilibrio perfecto: no era tan almibarada como

para resultar irrespetuosa ni tan neutra como para resultar indolente. Le había hablado en un tono curioso, amable. En justo el tono que necesitaba.

-¿A ti qué te importa? Pero estoy bien, no te preocupes. Gracias.

A cualquier otro lo habría mandado a la mierda. Pero esa mujer...

-¡De nada! Pero yo no te veo bien. Sobre todo, cuando hace un día tan estupendo y deberías estar disfrutándolo.

Se planteó gritarle para que se fuera, pero no pudo. Sobre todo, tenía que admitirlo, porque quería seguir viéndola.

No era ninguna belleza espectacular, al menos no como solían gustarle a él. Su figura era demasiado delgada para su gusto, su pecho era demasiado plano y la naturalidad de ese bonito rostro contrastaba con los labios hinchados a los que había dedicado tantas pajas a lo largo de su vida. Su media melena negra, en un contraste con su palidez, no invitaba a la concupiscencia, sino más bien a darle un golpecito cariñoso en la cabeza. Casi sintió deseos de hacerlo.

Sin embargo, había algo. Algo que, en su estado febril, casi parecía divino. En aquellas calles estrechas repletas de pintadas y edificios abandonados, había aparecido un brote de hierba. Su corto vestido verde parecía providencial.

-Pues yo no te veo muy bien... pero, vamos, que no me lo tienes por qué decir.

Ella caminó con sus zapatitos de tacón, mirando cada casa con la curiosidad infantil de alguien que no sabe dónde se mete. Desentonaba tanto en aquel barrio como un caballero inglés habría desentonado en las fiestas del pueblo, y quiso decirle que se marchara de allí. En su lugar, se encogió de hombros.

-Nada, discusiones en casa.

-¡Ah, eso es lo peor! Pero, no sé, muy fuerte tiene que haber sido esa discusión. Estás hecho polvo.

La muchacha (¿cuántos años tendría? ¿Veinticinco, quince, cincuenta?) le puso la mano en la frente, y su tacto frío le hizo cosquillas. Rió.

-Pues sí, pero ya se me pasará. Digo yo.

-Ya, claro. Pero no es la discusión lo que te ha provocado ese enfado, ¿verdad? Es algo más.

Él la miró con odio, recuperando la inquina con el mundo que había manifestado al salir dando un portazo de casa. La contempló sin creerse muy bien lo que estaba diciendo, incapaz de considerar con seriedad que se estuviera refiriendo a...

Se fijó en sus ojos, en ese tono marrón oscuro. Y, aunque su agradable semblante perpetuaba esa expresión tranquila, ese par de pupilas refulgían con la furia de mil tormentas.

Era ella. La mujer que se había imaginado esa noche, o que al menos creía que se había imaginado. La única que podía joderlo todo. Su éxito, sus logros, todo.

La agarró del cuello, desesperado, solo para experimentar una sensación gélida en sus dedos.

-¿Quién coño te envía? ¡¿Qué es lo que sabes!?

Ella no se inmutó. Siguió sonriendo, sin mudar su expresión ni un ápice. Pero, en ese nuevo contexto, su ademán no tenía nada de adorable, y sí mucho de siniestro.

Quiso apretar, quiso hacerle trizas, quiso acabar con ella en mitad de la calle, o amenazarla de un modo tan horrible que jamás se le ocurriría denunciarlo a ninguna instancia legal o alegal. Pero... pero, en ese momento, al mirarse los nudillos, vio que estaban teñidos de un tono rojo intenso. La miró a ella, y su rictus (todavía sonriente, todavía amable) le pareció una calavera recubierta aún de jirones podridos de piel.

Le soltó el cuello.

Corrió como alma que lleva el diablo, a ninguna parte. Pero, aunque la razón le decía que esa mujer no podía hacerle nada, sentir sus ojos en la nuca le provocaba escalofríos.

...

El Simio era un tío que hacía honor a su nombre: aunque ningún simio salvaje llevaría encima tantas cadenas de oro como él, se asemejaba a un gorila en muchas otras cosas. En su rostro aplanado y gordo, en el volumen desbocado de su barriga en particular y de su figura en general, en la barba que rodeaba su rostro y hasta en el cuenco de cacahuetes que tenía en su mesa. Si uno atendía a lo que había dicho esa chica de compañía que había estado con él, también se parecía a un gorila en el desproporcionado tamaño de su miembro. Desproporcionado por lo bajo, claro.

Pero, mientras contaba el dinero con un labio pegado al otro y sin despegar la mirada de la mesa, esa carencia personal era lo último en lo que Kevin y El Butano pensaban. Pensaban en si habían añadido ese fajo, en si se les habrían caído cincuenta euros, en si las expectativas de ese mes superaban sus posibilidades como tuercas en aquella perversa máquina. Pensaban, sobre todo, en lo que El Simio solía hacer a los que le traicionaban.

Para el momento en que alzó la mirada, tan inexpresivo como siempre, habrían jurado que sus genitales habían disminuido hasta alcanzar el tamaño del suyo.

-Está todo. Bien, chavales, aquí está vuestra parte-se la repartió con una amenazadora monotonía-. No os lo gastéis todo de golpe, ¿eh?

El Butano le miró, sonriente como una adolescente a la que acaba de saludarle su cantante favorito. Kevin puso los ojos en blanco cuando exclamó:

-¡Muchas gracias, de verdad! ¡Es usted el más cojonudo de todos mis jefes!

Sus ojos no se movieron un milímetro, pero Kevin pudo sentir cómo a ese hombre le ardían las entrañas. Por suerte, El Simio no había alcanzado su lugar en la pirámide perdiendo la compostura por menudencias.

-Anda, vete y deja de decir tonterías. Kevin, quédate, por favor. Quiero hablar contigo.

Deseó que el tono de voz del Simio tuviera más modalidades. Felicidad, candor. Cosas así. Se sentó, evidentemente. Aunque quizás, teniendo en cuenta la diferencia de edad, sí habría podido con ese hombre en una pelea; de hacerlo se habría encontrado de bruces con todo el barrio y con toda la gente que le debía favores. Pero no creía que le hubiera llamado para liquidarlo, o eso esperaba.

El Butano se despidió de él, chocándole la mano.

-Cuídate, hermano.

Lo despachó con un movimiento sencillo de cabeza, y pronto estuvo a solas con su jefe, con sus guardaespaldas, con sus cacahuetes, con el olor a alcohol y con los carteles de toreros que invadían cada hueco libre de la pared. A decir verdad, no estaba tan solo como le habría gustado.

-Dígame. ¿Qué quería?

Una sonrisa tibia se asomó a los labios de ese primate.

-Me gustas, Kevin, porque eres más educado que tu amigo. Aunque con esos tatuajes que lleváis los jóvenes pareces un pordiosero, pero bueno... quiero encargarte algo delicado.

Él asintió, y aquello le tranquilizó. Al menos, fuera lo que fuera aquel encargo, no estaba enfadado con él.

-Verás, te acuerdas de la familia del Sucio, ¿no? De Rosa y la hija.

Asintió, gélido. Casi podía sentir el aliento de esa mujer en su piel, su hedionda pero agradable presencia. Era cosa de ella. Tenía que ser cosa de ella.

-Sí, claro que me acuerdo. ¿Qué pasa con ellas?

-¿Que qué pasa? Que se funden el dinero, eso pasa. Y, cuando me pidieron la pasta a mí después de que el desgraciado ese... fuera quien fuera... se cargara al padre, pensé que me la pagarían a tiempo. Pero no. Se están retrasando.

Kevin asintió, pero lo hizo más dudoso que nunca. ¿Por qué había insistido tanto en ese "fuera quien fuera"? Su paranoico cerebro se imaginó que de algún modo lo sabía. Se lo imaginó como la implacable mente maestra detrás de todas sus preocupaciones, como el enemigo que le estaba poniendo en jaque. Y, sin saber qué hacer frente a eso, se limitó a preguntar:

-Entonces, entiendo que quieres que la asuste un poco, ¿no? Pero sin pasarme.

El Simio asintió. No parecía hacerle gracia, pero lo había hecho con firmeza.

-Bueno... a ver, si se me permite opinar...

Su jefe elevó la mirada hacia sus guardaespaldas, que esbozaron una sonrisa autosuficiente.

-¿Os he prohibido hablar alguna vez?

Ellos sacudieron vehementemente la cabeza. Es verdad, allí no había censura. O, al menos, censura previa.

-Bueno, lo que quiero decir es que la gente respeta al Sucio. Era un tío de puta madre, en verdad.

<<No. No, no, no, era un cabrón. Un cabrón que merecía morir>>.

-Era-corrigió su líder-. Era un tío de puta madre. Y era respetado. Pero no podemos permitir que se nos suban a las barbas... y, sobre todo, no podemos permitir que un puto fantasma nos quite dinero.

Se preguntó hasta qué punto tal urgencia era un juego de poder, si se había dado tanta prisa en cobrarle a la hija y a la nieta del Sucio para demostrarle a todos que era el nuevo tipo duro de la ciudad, aunque aquel pobre viejo llevara mucho tiempo retirado antes de...

Sufrió un escalofrío.

-Claro, claro, lo entiendo. Pero a la gente también le gusta saber que somos justos, y no ha pasado tanto tiempo. Quiero decir... siguen siendo solo una madre y una hija.

El modo en que El Simio le miró pareció hacer temblar las paredes.

-A ver, te mando otra cosa si quieres. Si te apetece, te envío a trapear en una discoteca de pijos universitarios, pero es una pena. Eres un tío listo, avisado, con cojones. Pero no todo puede ser agradable. A veces, hay que mancharse las manos de mierda.

-Eh, eh, que no he dicho que no-le corrigió Kevin, molesto con ese retintín-. Yo voy a hacer todo lo que me digan. Solo me preocupaba por... por nuestra gente, vamos.

-Bien. ¡Bien, hombre, eso está bien! Pero deja que me preocupe yo. Tú límtate a hacer lo que he dicho y estaremos todos contentos, ¿queda claro?

Se metió un cacahuete en la boca y masticó, triturando ese fruto seco con una lentitud escandalosa.

-Sí. Sí, claro del todo. Me pasaré por allí y... ya verás como te pagan pronto.

-Así me gusta, hombre. Diles que tienen una semana. Y, si no pagan... bueno, no vayamos ahí todavía, que no querría herir tus sentimientos.

Sus guardaespaldas se rieron, y él se limitó a darle la mano y abandonar la habitación, resistiendo la tentación de vengar una humillación que recordaría durante semanas.

Y, de nuevo, a caminar por la calle. No, no a caminar, porque esa palabra tenía connotaciones más relajadas. No a caminar sino a viajar por las calles que llevaba conociendo pero que ahora recorría como algo más. Como un fantasma, como un monstruo, como esa espectral Doncella Vengativa de la que las madres hablaban a los hijos cuando se portaban mal. Normalmente, esa fiereza le habría agradado.

Al llegar a la casa, estaba temblando como un flan. Una casa ostentosa, como el Sucio siempre había sido, pero una casa que había vivido mejores días. Estaba asquerosa, como si ese anciano hubiera infundido respeto sobre la propia suciedad y solo su muerte hubiera levantado la veda. Como si la cadena alimenticia de ese barrio se hubiera alterado irremediabilmente por su culpa, por su puta culpa.

Y esa casa, así tan sucia, hacía que a sus piernas les fallara su firmeza. Normalmente, el papel de monstruo de cuento le encantaba. Le gustaba que los demás se acojonaran, que sus amigos le trataran como si fuera un puto luchador de MMA, que las mujeres se mordieran el labio al ver cómo los demás le respetaban. Le gustaba ser el lobo feroz, pero no allí. En esa casa, era la Caperucita. Y, frente a su vacío buzón, tardó tres minutos en llamar.

Pero llamó.

No tardaron mucho en responder, algo que en circunstancias normales le habría gustado. Sin embargo, ahora se sentía como un condenado a muerte esperando la sentencia. Aunque el condenado fuera otro.

La mujer que abrió la puerta había visto épocas mejores. Su sobrepeso mórbido ya era uno de sus signos de identidad desde hacía años, pero no sus ojeras ni el modo descuidado en que llevaba el moño. Esa mujer había sido la reina del barrio, la reina de la calle, y ahora... en fin. Parte de él se alegraba, recordando cómo había mirado por encima del hombro a los demás desde su más tierna infancia, pero verla encogiéndose ante su presencia fue devastador.

-¿Sí?-preguntó. Su voz grave, cultivada durante años de tabaco y desilusiones, parecía hablar en un susurro.

-Me manda El Simio. Quería saber cuándo le vais a pagar.

Rosa, la esposa del Sucio, suspiró.

-No lo tenemos todavía. El banco no nos lo quiere prestar, pero a mi hombre le debía favores mucha gente. Lo tendremos.

-¿Cuándo?

-Cuando lo tengamos.

Kevin chasqueó la lengua. Orgullosa hasta el final... pero era un farol. Ella debía de saber que no le serviría de nada.

-Mira, aunque me pudieras convencer de darte una oportunidad, yo solo soy el mensajero. Lo que te estoy diciendo es que pagues de una puta vez para que nos podamos olvidar de esto. O lo vas a pasar muy mal.

Esa mujer alzó la barbilla, altiva.

-Mira, cuando tú te hacías tus cosas en los pantalones, yo hablaba como tú me has hablado a todo el que se atrevía a tocarme las narices. Ya he dicho lo que tenía que decir. Adiós.

Se dispuso a cerrar la puerta, y Kevin recordó el rostro del Simio cuando le había mostrado sus dudas. Con un gesto violento de la mano, la bloqueó y mostró en un ademán arrugado toda su frustración, toda su ira, todo su miedo. Si no hubieran escondido su dinero tan bien, si lo hubiera encontrado él en lugar de esos cabrones de azul, los dos estarían en una situación mucho más cómoda.

-¡Escúchame, hostias! ¡Que te crees que eres alguien pero, como no nos escuches, te vas a comer el cagao más grande que haya! Mira, sin El Sucio no eres nadie. Vete metiéndotelo en la cabeza. Paga en una semana o... bueno, ya que eras tan importante hace mil años y eras tú la que hacía las amenazas, seguro que sabes lo que sigue.

Esa mujer horrenda abrió la boca, como si quisiera hablar, pero de su boca solo se escapó un gemido lastimero.

Durante unos instantes, ambos compitieron en un duelo de miradas. Finalmente, ella parpadeó y, en un susurro, dijo:

-Haré lo que pueda.

Débil, cerró la puerta. Kevin habría jurado que lloraba. ¡Que lloraba! ¡La Rosa, llorando! Aquello, que otro habría llevado como un trofeo en su pecho, le sentó como un tiro en el pecho. O como un navajazo...

<<¡No!>>-le advirtió su mente.

Se quiso morir delante de ese buzón, delante de ese lugar de donde había huido hacía tanto y tan poco tiempo. Aturdido, no supo qué hacer. Informar al Simio, supuso, pero no tenía ganas de verle la cara. No tenía ganas de nada, solo de...

¿No había estado vacío el buzón? ¿Por qué, entonces, había una carta?

Tembloroso, dirigió su mano hacia esa misiva que por algún motivo no había visto antes. La sostuvo en su mano como si fuera para él. Era para él. Lo sabía, aunque no la hubiera visto. Por eso, en cuanto vio el destinatario, se limitó a expulsar un suspiro sollozante.

Kevin Montoya García. No había remite.

En mitad del camino, se sentó en un banco, como si fuera un puto crío de catorce años. Abrió la carta, con los ojos húmedos y su sistema respiratorio convertido en una montaña rusa.

El escueto mensaje estaba escrito en letras verdes, con una caligrafía tan perfecta que parecía hecha por ordenador, pero con un toque natural que no supo explicar. Como si esa mujer la hubiera plantado en esa hoja en vez de escribirla, y hubiera brotado cual divino vergel:

"Tienes que ayudarlas, Kevin. Sé que lo sabes".

...

Había sido un día duro, una semana dura, un medio año duro. Duro por lo pronto que se había habituado a lo fácil, a lo inmediato, a esa serie de rápidos placeres que habían desfilado por su boca, sus pulmones y su entrepierna. Duro porque, en ese momento, todo lo que llevaba tanto tiempo ignorando había vuelto, mil veces peor, y se había acostumbrado a que el sufrimiento estuviera en segundo plano.

Al entrar en casa y ver a su madre tragándose la telenovela turca de la tele, se la imaginó amenazada por El Simio. Si alguien le hubiera hablado a la *mama* como él le había hablado a Rosa, las calles se habrían teñido de sangre. ¿Tendría miedo Rosa en ese momento? ¿Estaría...

-Hijo, ven aquí.

Obedeció como un autómatas, sin siquiera responderle con uno de esos comentarios sardónicos con los que solía defenderse de sus órdenes. Se sentó junto a ella, que le quitó la voz a la televisión.

-¿Se han casado ya?

-No, no, qué va. Está el hermano, que es más malo que un dolor, metiendo cizaña entre los dos. Y, como ella se entere de que él estuvo antes con su prima, se la va a liar, como decís vosotros.

-Ah.

Siguieron mirando la tele durante medio minuto, incapaces de encontrar el valor para hablar. Fue ella la que, finalmente, rompió el silencio:

-Tú te cargaste al Sucio, ¿verdad?

Asintió, qué otra cosa podía hacer. Y, con esa resignación, aceptó su colleja.

-Mira que eres tonto... pero soy tu madre, hijo mío, por desgracia. Y por eso, está mañana, te he seguido por la calle, para que me pidieras perdón y para hablar de todo esto. Y te he visto hablando con alguien.

Kevin gruñó: ¿qué cono le importaba esa mujer a su madre? ¿Por qué había decidido centrarse en ese puto detalle? ¿Qué sabía ella?

Pero no podía enfadarse con la única persona que le podía ayudar.

-Sí. Y creo que me ha dado esto... pero no sé cómo ni por qué. No sé qué le importa.

Le tendió la carta, que ella leyó como si estuviera leyendo su esquila. Cuando terminó, suspiró.

-Hijo mío, no sabes dónde te has metido.

Eso le enfureció.

-¡Nos ha jodido! ¡Pues claro que no lo sé! ¡¿Cómo esperas que sepa qué significa... esta carta de mierda, esa mala puta que me sigue!? ¡Lo único que sé es que me voy a morir de los nervios y que El Simio me está tratando como si fuera un puto crío! ¡Joder!

Ella le acarició el pelo, pero lo hizo con severidad.

-Pues deberías saber más, porque te lo llevo explicando desde que eras un niño. Hoy te has encontrado con la Doncella Vengativa.

Hay un breve lapso de tiempo, cuando se nos dice algo, en el que nos limitamos a decodificar lo que quiere decir nuestro interlocutor. En ese momento no dudamos de sus palabras, los mecanismos de la experiencia y la lógica no se ponen en marcha aún. Durante ese instante, a Kevin le pareció que todas las piezas encajaban, que aquella extraña historia adquiriría sentido repentinamente.

Luego, claro, el escepticismo se adueñó de él.

-¿Has estado bebiendo?

-¡¿Pero qué estás diciendo, niño!?

-Digo que me estás contando historias para críos cuando tengo un problema de cojones para mayores. La Doncella Vengativa no existe.

Ella le miró con una renovada dulzura, dándole un pellizco en la mejilla.

-Anda, deja que te cuente una historia. Y esta es una historia de verdad... que a lo mejor las otras también lo eran, pero esta la viví yo. Así que te juro por mis muertos, y que me caiga muerta si miento, que no hay nada más cierto en el mundo que lo que te voy a contar.

Kevin expulsó un suspiro. No podía creerlo, no quería creerlo. Pero, a decir verdad, jamás la había visto tan seria, ni siquiera en sus momentos de mayor enfado. Y, por eso...

-Anda, dime-pidió, apoyando la espalda en el sofá con tal pasotismo que parecía que se iba a derretir.

Ella habló con un tono ominoso pero maduro, ajeno a la furibunda cólera con la que siempre le había hablado cuando había tratado de inculcarle una lección:

-No te he hablado mucho de tu abuelo.

Era cierto. Y, en las escasas ocasiones en las que había roto ese silencio, había sido para ponerlo de ejemplo de lo que no debía hacer.

-Era un mal hombre-continuó-. Era un comemierdas, uno de los mayores gilipollas que he conocido en mi vida. Se dedicaba al estraperlo y a...

-¿A qué?

-Al trapicheo, anormal, al trapicheo de cosas robadas. Y a la droga. Y, por lo visto, se le daba muy bien. Yo era muy niña para saberlo, pero en el barrio se le conocía como Manuel el Matarratas, y tenía cagados de miedo a todos los policías de la zona. Yo, como te digo, no sabía eso. Pero sí sabía que a mi madre y a mí nos hacía la vida imposible.

Hizo una pausa, no para darse importancia ni suspirar desconsoladamente, sino para escupir al suelo. Ya lo limpiaría después.

-Era un hombre malo, más malo que la tos. Cada día me cago en todos sus muertos, aunque también sean los míos. Hay hombres como él que solo pegan a sus mujeres cuando beben, o cuando se enfadan, pero él no. A él le gustaba hacer daño a la gente a todas horas, y nosotras éramos la gente que tenía más cerca. Sus putadas, a veces, eran sencillas, como de críos, como cuando me tiró ese oso de peluche que tanto me gustaba. Estuve llorando... no recuerdo cuánto tiempo. A veces, eran cosas mucho peores. No lo podía soportar. A veces creía que me iba a matar, y...

Se detuvo, esta vez no para mostrar su desprecio, sino para abrir la boca sin atreverse a decir nada. Kevin no supo qué se callaba ni quería saberlo, pero sí quiso abrazarla. Solo el hecho de que estuviera temblando de miedo se lo impidió.

-No podíamos más. Mi madre me lo dijo después de que ya habían pasado años, pero fue ella la que le puso punto y final. Por eso, fue a ver a la Vieja Ana. Esa mujer... hay quien decía que tenía más de cien años, pero no se sabía mucho más de ella. La gente se alejaba de esa vieja de mal agüero, pero luego acudía a su chabola para pedirle pócimas de amor o males de ojo. O, como mi pobre madre, cosas peores.

Cosas peores. A Kevin le habría gustado escandalizarse, pero creía plenamente en lo que le estaba contando. Por eso palidecía al oírla.

-No sé cómo era ese sitio, solo me lo imagino. Pero no te creas que era como las tiendas esas de esotería de esa... no, hijo mío. Las vecinas decían que ese sitio olía a rayos y que había cosas asquerosas y malvadas, cosas que ni siquiera mi madre, cuando me contó la historia, quiso decirme. Lo que sé es que le pidió que solucionara sus problemas, y la anciana sabía cuál era la única solución. Porque ella, como todos nosotros, había oído hablar de la Doncella Vengativa.

La Doncella Vengativa. Los padres, aún en la era de las omnipresentes tecnologías, hablaban a sus niños de ella. De aquella presencia inmortal, de aquella doncella verde que se ocupaba de vengar a los que no tenían a nadie que los vengara. De ella se decía que existía más allá del tiempo, ni en el cielo ni en el infierno, y que solo existía para su misión. Que nunca, nunca jamás, cesaba en la persecución de su próxima víctima.

Kevin, acongojado, abandonó cualquier vestigio de virilidad, y la agarró de la mano. Esa chica tan maja, esa chica tan mona...

-La misma de la que te he hablado desde niño-confirmó la triste narradora, que le apretó la mano a su hijo-. Para llamarla, hizo un ritual del que no me quiso hablar... y pasó el tiempo. Todo volvió a la normalidad. Una semana después, mi madre ya comentaba con las vecinas que la anciana era una lianta, que no había que confiar en ella. Y, entonces...

Su madre tragó saliva. Nunca había hecho eso.

-Entonces, pasó. Un buen día, mi padre apareció con la garganta cortada. Años después supe que tenía deudas de juego en otra ciudad con una gente muy peligrosa que los vecinos habían visto por el barrio... pero nadie sabía cómo se habían enterado los cobradores. Llevaba aquí mucho tiempo, no estaba registrado en ningún sitio ni tenía nada a su nombre. Hay quien dice que alguien les dio un chivatazo, pero... ¿quién?

Se encogió de hombros. No hacía falta decirlo.

-Más adelante vimos que ya había recibido un aviso, y que había intentado mandar el dinero por correo. Pero nos devolvieron el correo a nosotras, y nos dijeron que no se había podido enviar. El mecánico, Paco... creo que lo has llegado a conocer... nos dijo que, en sus últimos días, mi padre estuvo desesperado por que le arreglara el coche, que se le había roto

mientras intentaba ir a esa ciudad. A lo mejor intentó comprar billetes o avisar a un amigo, pero la suerte no se lo permitió. Estaba maldito... por la Doncella Vengativa.

Los dientes de Kevin castañearon.

-Recuerdo el día que lo enterramos. Todos de negro, todos esforzándonos por llorar... pero yo era una cría y me distraje. Además, el ataúd no era una visión muy agradable. Y, a lo lejos, vi algo que creo que ningún adulto vio. No la vi bien, pero sabía que era una mujer, y sabía que vestía de verde. Y... bueno, no lo sabía, pero como si lo supiera... estaba segura de que era la bruja de la que mi madre me había hablado por las noches. Y ahora sé que, gracias a ella, ese hijo de puta que tuve por padre sufrió durante toda una semana. Que estuvo siete días pensando en que se iba a morir. Lo podría haber matado en un suspiro. ¡Seguro que sí! Pero prefirió hacerle sufrir. Así que, hijo, si te ha dado la oportunidad de hacer las cosas bien, aprovéchala. Por favor.

Su hijo estaba lívido después de esa narración. Se llevó la mano al cuello, imaginando una hoja de acero atravesándolo. Sus manos jóvenes, en aquel momento de enajenación, estaban surcadas por decenas de imaginarias arrugas.

-No-dijo por fin-. No, no puede ser. No. Esa mujer y tú os habéis puesto de acuerdo... no sé si para darme una lección, no sé por qué. No puede ser verdad.

Se levantó del sofá como si estuviera hecho de magma, a pesar de los intentos de su madre por que se quedara.

-¡Hijo, no! ¡Estás jugando con fuego, por favor! Te lo ruega tu madre, te lo suplico por lo que más quieras. ¡Vas a acabar mal!

-Déjame en paz. Iba a acabar mal de todas formas.

Salió de esa casa de nuevo, con las manos en los bolsillos, sin saber a dónde ir. La noche apestaba a alcohol, a humo y a maldiciones que sobrevivían a través de las décadas. Ya empezaban a verse y a oírse los coches que se dirigían a garitos y discotecas del más variopinto pelaje, ya empezaban a escucharse los gritos de chavales queriendo comerse el mundo y/o los genitales de alguna otra persona de su edad. Y él, como un nubarrón jodiendo un día de verano, solo podía pensar en esa sangre que no había dejado de ver en seis meses.

Y supo a quién tenía que acudir.

...

El mote del Butano era hasta cierto punto anacrónico, pero desde el instituto le habían llamado así por su frecuente emisión de gases. Eso, que habitualmente ponía de los nervios a Kevin, no le importó en esa ocasión: tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparse.

-Gracias por dejarme pasar la noche en tu casa, hermano.

-¡Más te vale dárme las!-exclamó él, sentándose en la silla de youtuber que tenía en su cuarto-. Que menos mal que no he traído hoy a una chavala, que si no...

Se dieron la mano entre risas, aunque le jodió su comentario, como le jodería tener que compartir habitación con las improvisadas macetas de marihuana que tenía allí.

-Joder, tienes la casa hecha una mierda, hermano.

-¡Y encima criticando! Pero dime, Kevin, ¿qué te pasa? Te veo mal.

Él asintió, dando vueltas por el cuarto.

-Nada, es solo... te acuerdas de la mujer del Sucio, ¿no?

Al Butano le cambió la cara.

-Tío, nos dijimos que no íbamos a hablar de eso en la vida. Lo juramos por Dios.

Se besó el puño, enfatizando esa promesa, pero a él no le importó.

-Ya, y yo quería olvidarlo. Te lo prometo. Pero... pero no. Es por El Simio. Él me ha mandado a cobrarles a la hija y a la madre. Y a amenazarlas. Y, si no le hacen caso, supongo...

No hacía falta que le dijera qué suponía. Su colega apartó la mirada y dejó que el silencio les permitiera procesar esa conversación que llevaban postergando medio año.

-Ellas se lo han buscado-dijo El Butano por fin-. Pidieron dinero al que no debían y vivieron como marquesas. No es asunto nuestro.

Quiso pegarle un puñetazo allí mismo, solo para desahogarse.

-¿Cómo que no es asunto nuestro? Tío, si no hubiéramos entrado allí, tendrían el dinero. Podrían seguir viviendo como vivían, podrían... no estaríamos en esta situación de mierda.

Su amigo parecía exasperado. Se limpió las migas de su chándal y le miró fijamente:

-Kevin, ¿cómo te crees que El Sucio ganó su dinero? Pues pasando por encima de mucha gente, igual que intentamos hacer nosotros. Así funciona este puto planeta, por mucha peli de Disney que te quieras creer. O comes o te comen, hermano. Y, quien roba a un ladrón...

-Ya, pero nosotros no solo le robamos. No sé qué hizo o dejó de hacer El Sucio, pero me estoy rayando porque... joder, porque por culpa nuestra se han quedado sin padre y sin marido.

No quería llorar, pero la tentación era tan fuerte que tuvo que clavarse sus uñas en la palma de la mano.

-Oye, a mí no me metas en eso, que te lo cargaste tú.

No podía haberlo dicho, no podía tener tan poca vergüenza. Ese no podía ser el amigo al que conocía desde la infancia, y se negaba a creerlo. Si se hubiera cagado en su difunto padre, no se habría enfadado más.

-¿Estás de coña!?-vociferó, sin preocuparse de si los vecinos se enteraban de todos los crímenes que había cometido en la vida-. ¿Quién fue el que se puso a gritar como un maricón y a chillar "mátalo, mátalo"!? ¿Porque no fui yo, eso te lo aseguro!

-Venga, no te pongas así...

-¿Que no me ponga así!? ¡Vete a la mierda, Butano! ¡Me voy!

-Venga, tío. ¿Dónde vas a...

Le daba igual. Fue hacia la puerta dando zancadas, repasando en su mente cada humillación sufrida durante esos días.

-Venga, hermano, estás muy...

Kevin le agarró de la camiseta, arrebatándole el aliento.

-Mira, ya me he cargado a un hombre, y ahora me están dando ganas de cargarme a dos.

No tendría que haber dicho eso. No tendría que haber venido allí. No tendría que haber hecho tantas cosas...

La calle, de nuevo, le recibió con la sofocante frialdad de julio.

La confusión se apoderaba de él, y esa confusión que en otros se convertía en llanto, era para él la materia prima de una rabia homicida sin nadie sobre el que descargarla. Las farolas y las paredes sufrieron las consecuencias de su crimen, pero no tanto como sus nudillos. Gruñó, gritó, llegó incluso a reír. Y, finalmente, tuvo que apoyarse en un muro y dejar que las lágrimas le limpiaran la sangre de las manos.

<<No me lo merezco>>-pensó-. <<No me merezco esto, no me merezco...>>

-Hombre, un poco sí que te lo mereces.

Miró hacia abajo y a la derecha, aunque ya sabía quién había hablado. Y había hablado respondiendo no a sus palabras, sino a sus pensamientos. Solo por eso no la estranguló, solo por eso no chilló. No era ninguna confabulación, no era ninguna treta. Su madre estaba en lo cierto, y la Doncella Vengativa le sonreía con un gesto melancólico.

-Bueno, sí, me lo merezco. ¿Y qué? ¿Vas a matarme?

Ella negó con la cabeza.

-No. Estoy probando un método nuevo. Pero, Kevin, tienes que poner de tu parte.

Él se mordió el puño, horrorizándose ante su sabor metálico.

-¿Y qué cojones puedo hacer? ¿Darle el dinero? ¿Mi dinero?

Ella asintió.

-No arreglaré las cosas, pero es lo menos que puedes hacer.

-Y luego, ¿qué? ¿Me quedo a dos velas? ¡¿Me quedo sin nada!?! Mira, chica, yo no sé de dónde sales, pero sí sé que no entiendes cómo es vivir aquí. Es la jungla. De verdad, no lo entiendes.

La muchacha le miró fijamente a los ojos, escéptica, y alzando una ceja. Por un momento, vio miles de años concentrados en esas pupilas. Guerras, matanzas, plagas, hambrunas. Cosas que al hombre más duro de la ciudad le harían temblar de terror. A Kevin le fallaron las piernas. Su fanfarronería habitual de antihéroe urbano quedó eclipsada ante el horror real, ante algo mucho más terrible que cualquier cosa que hubiera visto.

-Vale... vale. Me ha quedado claro.

-¿Y sabes lo que tienes que hacer?

Se ocultó las heridas de sus manos en los bolsillos mientras apartaba la mirada.

-Sí.

-Bien. Y yo dejaría de trabajar para ese hombre tan horrible. Aunque sea a largo plazo.

-Sí, hombre, y acabar en un vertedero.

Ella le puso la mano en el hombro, y las lágrimas tristes de sus ojos se tornaron en un llanto de alegría. No tuvo que hacerle ninguna promesa para que supiera que no le pasaría nada.

-Hazlo, por favor. Se dice de mí que soy un ser obsesionado con la venganza, una entidad que solo existe para castigar a los malvados... y fue verdad, hace tiempo. Pero créeme cuando te digo que solo quiero ayudarte.

La creyó, y le habría creído si le hubiera dicho que dos más dos son tres. Había en sus córneas una compasión que había entrado con sangre, una empatía cultivada a través de siglos de eternidad. Algo que le costaba entender, pero no admirar.

Cerró los ojos, llevándose la mano a las pestañas. Pensó en todo su sufrimiento, pero sabía que esas dos mujeres habían sufrido mucho más. Se acordó de su padre, de cuando el cáncer se lo llevó, de cómo había estado tan furioso que se había cargado media habitación de hospital antes de que lo detuvieran por primera vez. Y una vergüenza le invadió al saber que le había quitado el padre a alguien más.

-¿Servirá de algo? Quiero decir que, después de lo que he hecho...

-Lo hecho, hecho está-contestó esa voz de providencial luciérnaga en la oscuridad de sus párpados cerrados.

-Gracias-susurró y, al abrir los ojos, supo que no la encontraría. Había desaparecido ya como una etérea polución nocturna, tal vez en busca de alguien más a quien ayudar.

...

El Simio contó todos los billetes con una parsimonia que hizo que Kevin sintiera temor. Pero era un temor depurador, un temor que le hacía más valiente. Un temor al que debería haber hecho frente mucho antes.

-Parece que está todo-observó su jefe, con una expresión de agradecida sorpresa-. En fin, ve a decirles que estamos en paz... pero que no me vuelvan a pedir dinero.

Lo dijo con un gruñido desconfiado. Sospechaba. Investigaría. Pero Kevin, en realidad, no había hecho nada malo, no lo había perjudicado en nada: cómo usara su dinero era

problema suyo. Y "problema" era la palabra adecuada, pero ya se preocuparía por aquello otro día.

-Eso haré.

Se despidió, pensando en el vacío de su cuenta bancaria. A pesar de ello, el barrio parecía más bonito, sobre todo después de haber atisbado el horror del que era capaz el hombre. Y, si hasta un sujeto despreciable como él podía hacer algo como lo que acababa de hacer, la gente a su alrededor podía esconder algo de valor en vez de un metafórico puñal en el bolsillo.

Llegar a la casa, sin embargo, fue tan duro como la primera vez. Llamar al timbre, más aún. Esperar no tanto, porque la suerte estaba echada.

Sin embargo, al verla, sintió su espíritu abandonando su cuerpo. Habría podido soportar a la madre, a la arrogante e indeseable madre. Habría podido hablar con un rostro pétreo, sin desfallecer.

Pero esa era la hija. Y la hija, esa bella y adorable hija de treinta años bien llevados, de voz suave y modales delicados, era demasiado para él. Sobre todo, cuando frunció el ceño al verlo.

-Por favor, nos tiene que dar algo más de tiempo. Por favor, haré lo que sea...

Se acercó a él, contoneándose y mostrándole el escote. Y, en vez de excitarse, sintió repugnancia. Repugnancia por verla rebajándose de ese modo, todo por culpa suya.

-¡No! No. Ya... ya está. Está solucionado. El Simio piensa que le habéis pagado vosotras, y no os conviene que descubra que no es así. Haced lo que queráis, pero no volváis a juntaros con él. Y yo os recomendaría que vendáis la casa y lo que tengáis de valor. No vais a tener tanta suerte otra vez.

Quiso marcharse, pero sus pies quedaron pegados al asfalto, al menos hasta que ella mudara ese rostro de sorpresa y admiración. No fue necesario que le dijera que era él quien había solucionado todo.

-¿Por qué...

-Da igual.

Quería pedirle perdón. Había pensado en pedirles perdón, lo había ensayado. Lo único digno, lo único noble, sería pedirles perdón. Pero no se le podían pedir peras al olmo.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, desapareciendo en el solitario horizonte de agosto, oyó un breve sonido por detrás.

-Gracias.

Pocas cosas hay tan desoladoras como un "gracias" que uno no se merece. Se alejó de allí cargando con unas cadenas que llevaría siempre, sabiendo que había tenido más suerte de la que merecía.

Llegó a casa sin saber qué pensar, incapaz de extrapolar lo que le había sucedido para explicar el universo caótico que le rodeaba. Seguía confuso. Y, por eso, cuando se tumbó en su sofá a dormir, lo hizo convencido de que tendría pesadillas durante mucho tiempo. Pero, por lo menos, quería pensar que iba por el buen camino.

Cuando su madre llegó a casa tras hacer la compra, lo vio durmiendo, y no se atrevió a despertarlo para preguntarle qué tal le había ido. Pero había alguien a su lado que podría informarle mejor.

Estuvo a punto de caer al suelo de la impresión. Allí, junto a su hijo, se encontraba esa extraña mujer vestida de verde. Esta acariciaba su cabello con una ternura que, sin embargo, parecía capaz de destruirlo en cualquier momento. Como un gorila agarrando a un bebé humano con toda la buena intención del mundo, pero cuya brutal naturaleza podía condenar al pequeño a muerte en cualquier momento.

Gracias a Dios, dejó de tocarlo al verla entrar en la casa.

-Hola. Me alegro de verte otra vez.

Asintió, aún aterrada. Llevándose la mano al pecho, contestó:

-Yo no.

La Doncella Vengativa se encogió de hombros.

-Era necesario. Pero, por suerte, mi trabajo aquí ya ha llegado a su fin.

Contempló a esa presencia con una mezcla confusa de agradecimiento y odio.

-Has cambiado. Quiero decir... no te vi muy bien, pero... pareces distinta. Más amable.

Por primera vez, aquella cosa tétrica con forma humana pareció genuinamente triste, melancólica. Arrepentida, quizás.

-La gente cambia. Si no, nada de esto tendría sentido.

En un parpadeo, desapareció.